

## HERÓDOTO Y LA PERCEPCIÓN DE LA GEOGRAFÍA POLÍTICA DEL MUNDO GRIEGO

### *Herodoto and the perception of political geography in the Greek World*

F. Javier GÓMEZ ESPELOSÍN

*Universidad de Alcalá de Henares. Correo-e: fjavieresp@yahoo.com*

Fecha de aceptación definitiva: 15-09-2005

BIBLID [0213-2052(2005)23;143-159]

**RESUMEN:** El estudio de la percepción de la geografía política del mundo griego a través de las Historias de Heródoto no está exento de obstáculos, que tienen que ver con la complejidad de intenciones y expectativas propias del autor, pero la búsqueda de las claves que conforman dicha percepción puede aportar un mejor entendimiento tanto de su propia obra como del lugar que ocupa dentro del pensamiento político griego.

*Palabras clave:* fuentes, mapa político griego, «debate constitucional», tiranía, sistemas políticos.

**ABSTRACT:** The study of the perception of political geography in the Greek World through Herodotus' Histories is plenty of any kind of obstacles, given the complexity of aims and prospects of its author, but the attempt for searching the clues defining that perception can provide a better understanding both of Herodotus' work as its place into the Greek political thought.

*Key words:* sources, Greek political map, constitutional debate, tyranny, political systems.

La lectura de Heródoto ha demostrado ser mucho más compleja de lo que se pensaba. El que era considerado simplemente como un buen narrador de historias, ávido recopilador de todo tipo de anécdotas y curiosidades a las que de una manera un tanto anárquica iba dando cabida dentro de su proteica obra, se ha revelado con el tiempo y tras una lectura mucho más reposada y atenta como un autor bastante más sofisticado y prolijo cuyo relato no se corresponde tan sólo con una ingenua y desenfadada narración de los acontecimientos conocidos<sup>1</sup>. Ciertamente la descripción un tanto simplista de la obra de Heródoto que desde los tiempos de Tucídides en adelante ha venido planeando incesantemente sobre la mente de muchos historiadores responde escasamente a la realidad de una narración mucho más estructurada de lo que parece y que ha hecho uso consciente de todos los recursos retóricos y literarios que tenía a su alcance<sup>2</sup>. La aparente ingenuidad de un historiador que pone continuamente casi todas sus cartas al descubierto ha quedado eclipsada por la imagen de un autor que ejerce su labor con todas sus prerrogativas, que demuestra un dominio evidente sobre el conjunto de su obra y revela un alto grado de sofisticación en muchos de sus planteamientos, convirtiendo todo el conjunto de su historia en una estructura ciertamente compleja y abigarrada que no se presta con facilidad a la extracción de conclusiones rotundas y apresuradas, transformando muchas veces algunos de los asertos existentes en constataciones palmarias que reflejan el estado de opinión preponderante o la visión más depurada posible de la realidad inmediata de las cosas, sin preocuparse para nada del contexto en el que aparecen y de su relación, estrecha la mayoría de las ocasiones, con otros pasajes de la obra que apuntalan o recrean una idea determinada<sup>3</sup>.

Pero en esta lectura en clave más sutil y sofisticada de la obra de Heródoto caben también algunas matizaciones ya que no podemos esperar una coherencia impecable de planteamientos y opiniones que respondan casi de manera unívoca

1. De los numerosos estudios y monografías que han contribuido a una mejor y más certera comprensión de Heródoto cabe mencionar las de DARBO-PESCHANSKI, C.: *Le discours du particulier. Essai sur l'enquête hérodotéenne*. París, 1987; LATEINER, D.: *The Historical Method of Herodotus*. Toronto, 1989; EVANS, J. A. S.: *Herodotus Explorer of the Past. Three Essays*. Princeton, 1991. Un panorama general de la investigación al respecto en DEWALD, C. y MARINCOLA, J.: «A Selective Introduction to Herodotean Studies», *Arethusa*, 20.1, 2, 1987, pp. 9-40.

2. Sobre la visión de Heródoto a lo largo de la historia continúa siendo básico el célebre artículo de MOMIGLIANO, A.: «Il posto di Erodoto nella storia della storiografia» recogido dentro de su libro *La storiografia greca*. Turín, 1982, pp. 138-155. Una excelente puesta al día de la visión actual de la obra herodotea con mención de la bibliografía especializada y pertinente la ofrece MARINCOLA, J.: *Greek Historians. Greece & Rome. New Surveys in the Classics*, n.º 31. Oxford, 2001, pp. 19-60. Sobre la estructura de la obra pueden verse entre otros el trabajo de WATERS, K. H.: «The Structure of Herodotus' Narrative», *Antichthon*, 8, 1974, pp. 1-10 y el reciente trabajo de DE JONG, I. J. F.: «Narrative Unity and Units», en BAKKER, I. J. y DE JONG, I. J. F. (eds.): *Brill's Companion to Herodotus*. Leiden, 2002, pp. 245-266 donde se recoge la bibliografía anterior.

3. En este sentido resulta enormemente ilustrativo el estudio de FLORY, S.: *The Archaic Smile of Herodotus*. Detroit, 1987, esp. pp. 12 y ss.

a un esquema ideológico bien estructurado, de la misma forma que esperaríamos encontrar en un historiador concebido desde la perspectiva moderna. Heródoto no pertenecía a esta clase, como se ha venido recordando incesantemente en los últimos tiempos y por ello no parece necesario volver a insistir una vez más en la palmaria evidencia, si bien no siempre tenida en cuenta, de que no puede ser considerado uno más de nuestros colegas ni escribía para nosotros<sup>4</sup>. Los estudios realizados desde la perspectiva de la estética de la percepción, que centran el interés prioritario sobre la dinámica establecida a través de la estrecha relación existente entre el autor y su auditorio más inmediato, con todos los condicionantes de todo tipo que ello implica, han venido aplicándose desde hace tiempo y con notable éxito al campo de la historia de la Antigüedad a pesar de la rémora evidente que todavía significa toda la larga y prestigiosa tradición erudita de carácter eminentemente positivista que ha ejercido de manera a veces inclemente su supremacía dentro de este terreno. Y Heródoto no ha constituido una excepción en este sentido. Estudios pioneros en este terreno como el de François Hartog sobre la construcción de un discurso sobre la alteridad han abierto una brecha importante en esta dirección y todavía hoy se escriben monografías destinadas a contextualizar plenamente su obra dentro de su tiempo con todas las claves insospechadas que se derivan de esta operación para el correcto entendimiento de su obra<sup>5</sup>.

De la misma forma han proseguido también imparables, con mejor o peor fortuna, los intentos de hilvanar en un discurso más o menos ordenado e inteligible algunos de los diferentes hilos argumentales que se extienden aparentemente deslavazados a lo largo de toda la obra sin más orden ni concierto que el principio de la mera acumulación narrativa. Encuadrar dentro de un esquema más o menos claro las ideas que albergaba Heródoto sobre determinadas cuestiones no resulta, sin embargo, casi nunca una tarea fácil. A toda tentativa de ordenación le acechan constantemente, casi a cada paso, las aparentes incoherencias y contradicciones que ponen en entredicho las conclusiones alcanzadas. Como la mayor parte de los autores antiguos, Heródoto teoriza relativamente poco sobre una cuestión determinada, por importante que ésta nos parezca dentro del conjunto de su obra, y suele exponer sus ideas y actitudes al respecto a través de historias y anécdotas especialmente relevantes en las que incorpora, a veces veladamente, su lectura política o moral de los hechos. Sin embargo, este procedimiento no es automático ni nos conduce siempre indefectiblemente en la misma dirección. Multitud de factores de todo tipo alteran frecuentemente lo que en un principio podría parecernos

4. Este tipo de constataciones ha quedado bien claro en el caso de Tucídides tal y como ya puso de manifiesto en su día Nicole Loraux en LORAUX, N.: «Thucycide n'est pas un collègue», *QS*, 12, 1980, pp. 55-81. En general sobre las diferencias que separan la historiografía antigua y moderna, SHRIMPTON, G. S.: *History and Memory in Ancient Greece*. Montreal, 1997, pp. 80 y ss.

5. El estudio de F. HARTOG es su célebre monografía *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. París, 1980. El intento más reciente de contextualizar a Heródoto lo ha llevado a cabo THOMAS, R.: *Herodotus in Context. Ethnography, Science and the Art of Persuasion*. Cambridge, 2000.

un cuadro más sencillo y homogéneo del que extraer nuestras conclusiones. La propia inercia del relato que lo conduce hacia unos derroteros determinados, la mayor o menor disponibilidad de fuentes de información y la necesidad de ejercer hacia ellas la actitud crítica pertinente, la tentadora posibilidad de añadir una buena historia con todos sus ingredientes sin importar su mejor o peor encaje dentro de la estructura global del relato o su pertinencia estricta dentro de la cadena de los acontecimientos, su necesaria y constante adaptación como autor, realizada a veces de forma inconsciente, a los canales habituales de comunicación establecidos con su auditorio, utilizando los referentes y el vocabulario disponible, sin que unos y otro se presten con facilidad a un constante cuestionamiento, y la presión inevitable del entorno en el que se desarrolló, incluso ya interiorizada de forma favorable, constituyen algunos de los condicionamientos que alejan su discurso y sus «reservas de información» de cualquier intento de dotarlas de la contundencia expositiva deseable para su explotación como material histórico en bruto sin más alteraciones.

No obstante, aun con toda esta clase de prevenciones, en numerosas ocasiones su discurso, confirmado también a veces por sus propias intervenciones como autor dentro del relato<sup>6</sup>, parece lo suficientemente claro como para permitirnos extraer determinadas deducciones. Sin embargo hemos de mantenernos siempre en guardia a la hora de adoptar determinadas conclusiones definitivas a la luz de estas aparentemente incontestables evidencias. Los requiebros son prácticamente constantes, las matizaciones ulteriores resultan siempre necesarias, la búsqueda del precario pero existente equilibrio entre los diferentes elementos narrativos constituye una exigencia incontestable, el análisis particularizado de los temas y motivos que intervienen, con su deriva a veces contundente dentro del terreno del propio vocabulario, representa el corolario inexcusable de cualquier intento de comprensión que se precie. En definitiva resulta inevitable mantener siempre en tensión todos los ingredientes que contribuyen a dotar de envergadura y complejidad a una obra de estas características, referente necesario e inevitable de todo intento de restituir una imagen más o menos aproximada y real del mundo griego de aquel entonces.

La utilización de la obra de Heródoto, junto con la de Tucídides, en esta dirección ha constituido la pauta fundamental de los numerosos trabajos destinados a perfilar el mapa político griego durante los períodos arcaico y clásico de su historia. Su particular percepción de la geografía política griega es ciertamente significativa y ha condicionado en buena parte el denominado «atenocentrismo» que ha

6. Sobre la presencia de Heródoto como autor dentro del relato pueden verse algunos de los trabajos reunidos en el volumen BOEDEKER, D. y PERADOTTO, J. (eds.): «Herodotus and the Invention of History», *Arethusa*, 20, 1987, particularmente los de MARINCOLA J.: «Herodotean Narrative and the Narrator's Presence», pp. 121-137 y DEWALD, C.: «Narrative Surface and Authorial Voice in Herdotus' Histories», pp. 147-170.

caracterizado casi todo el desarrollo de la historiografía griega, antigua y moderna<sup>7</sup>. Los protagonistas colectivos destacados e indiscutibles de su historia son sin lugar a dudas Atenas y Esparta. Unos y otros acaparan casi plenamente toda su atención narrativa, tanto en el pasado como en el presente, y se constituyen así en el tamiz ejecutivo y determinante a través del cual se van filtrando tímidamente el resto de los figurantes, tanto los Estados situados en el propio continente griego como los que se hallaban en las dos grandes zonas de expansión helénica a oriente y occidente, la región de Asia Menor y la Magna Grecia, espacios todos ellos donde las dos potencias hegemónicas dirimen su supremacía de manera más o menos simbólica y efectiva a través de sus alianzas y sus intervenciones. La inmensa mayoría de las alusiones o digresiones dedicadas a otras partes del mundo griego aparecen casi siempre en función de su relación, más o menos directa, con la historia de estos dos principales protagonistas. Ninguno de los Estados griegos recibe un tratamiento tan pormenorizado y atento a las circunstancias decisivas que han contribuido a la formación del actual sistema político ni se juzgan aparentemente igual las ventajas e inconvenientes que aquél presenta con todas sus diferentes matizaciones.

Podría pensarse en un principio que el cuadro diseñado por Heródoto estaría estrechamente condicionado en este sentido por el tema principal de su obra, la guerra contra los persas en la que los dos Estados mencionados acapararon justa y merecidamente toda la atención informativa. Sin embargo, los límites del proyecto son mucho más elásticos que los de una estricta historia de un conflicto militar y hegemónico por importante y decisivo que éste fuera para la configuración política e ideológica definitiva del mundo griego de aquel entonces. Las largas digresiones de carácter etnográfico, que tantos quebraderos de cabeza ocasionaron a los defensores de la unidad estructural y argumental de toda la obra frente a la división en partes distintas propuesta por los más estrictos analistas, el sinfín de anécdotas de todo tipo que no siempre encajan en el curso de la narración o los reiterados *flash-back* destinados en un principio a explicar el estado presente de las cosas que no parecen siempre estrictamente necesarios, convierten todo el relato en un proyecto mucho más ambicioso que una simple historia a pesar de, o podría decirse que en consonancia con, los principios enunciados en el célebre prefacio que da inicio a la obra. Heródoto parecía firmemente interesado en configurar una completa visión del mundo, similar a la que había impulsado la épica homérica si bien mucho más actualizada y en consonancia con los nuevos tiempos, dentro de la cual los griegos seguían desempeñando necesariamente una parte importante aunque ya no exclusiva ni acaparadora de todo el interés<sup>8</sup>. Seguramente

7. En este sentido resulta muy ilustrativo el conjunto de trabajos reunido por BROCK, R. y HODKINSON, R. (eds.): *Alternatives to Athens. Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece*. Oxford, 2000.

8. Sobre la matizada y compleja actitud de Heródoto hacia los pueblos no griegos pueden consultarse los célebres trabajos de REDFIELD, J.: «Herodotus the Tourist», *CP*, 80, 1985, pp. 97-118 (recogido

la práctica desaparición de toda la tradición anterior, a la que en buena manera subsumía y sintetizaba, y el papel decisivo que su obra desempeñó en otros períodos posteriores como el helenismo avalan esta perspectiva de más amplio alcance<sup>9</sup>.

La minuciosa atención dedicada a la descripción de la forma de vida y costumbres de un buen número de pueblos situados al margen del mundo griego contrasta así flagrantemente con el reducido papel que la mayor parte de los Estados griegos desempeñan en este ambicioso y universalista panorama con la ya mentada excepción de Atenas y Esparta. Una posible explicación a este desequilibrio podría ser el descarado partidismo a favor del régimen político ateniense, puesto de manifiesto a lo largo y ancho de toda su historia con reiteradas afirmaciones acerca de su bondad natural y del contraste evidente que establece con todas sus posibles alternativas, un terreno dentro del que podría encajar su también evidente focalización sobre Esparta. Su larga permanencia en la ciudad y su propia experiencia personal en su patria natal, Halicarnaso, de donde se había visto obligado a exiliarse constituirían condicionantes decisivos a este respecto<sup>10</sup>. Sin embargo su visión del régimen espartano no puede ser catalogada como negativa o contrapuesta al sistema ateniense, a pesar de las notorias diferencias que los separaban, planteándonos de esta forma una situación personal mucho más compleja a la hora de elegir con nitidez sus posicionamientos precisos a este respecto<sup>11</sup>.

Poco es efectivamente lo que puede colegirse acerca de los sistemas políticos imperantes en el resto de la Hélade a partir de las páginas de Heródoto con la significativa excepción de la tiranía, que aparece por doquier, incluso en la celebrada Atenas, si bien es en las zonas de expansión suditálica y siciliana e incluso en las costas de Asia Menor donde su florecimiento parece más afianzado. La postura de Heródoto respecto de la tiranía, claramente desfavorable a primera vista, tampoco

---

ahora en HARRISON, Th. [ed.]: *Greek and Barbarians*. Edimburgo, 2002, pp. 24-49), el volumen colectivo de la Foundation Hardt, n.º 35, *Hérodote et les peuples non grecs*. Vandoeuvres-Ginebra, 1990 y CARLEDGE, P.: «Herodotus and the "Other": A Meditation on Empire», *EMC/CV*, 34 n. s. 9, 1990, pp. 27-40.

9. Sobre la influencia fundamental de la obra de Heródoto en la cultura helenística, MURRAY, O.: «Herodotus and the Hellenistic Culture», *CQ*, 22, 1972, pp. 200-213.

10. Sobre la relación entre Heródoto y la ciudad de Atenas existe una abundante bibliografía con diferentes y matizadas opiniones al respecto, así STRASBURGER, H.: «Herodotos und das perikleische Athens», *Historia*, 4, 1955, pp. 1-25 se muestra contrario a la tesis de la simpatía del historiador hacia el sistema ateniense, un postulado defendido después por HARVEY, F. D.: «The Political Sympathies of Herodotus», *Historia*, 15, 1966, pp. 254-255. Al respecto pueden verse también los trabajos de FORREST, W. G.: «Herodotus and Athens», *Phoenix*, 38, 1984, pp. 1-11; PODLECKI, A.: «Herodotus in Athens?», en KINKEL, K. (ed.): *Greece and the Eastern Mediterranean: Studies Presented to Fritz Schachermeyer*. Berlín-Nueva York, 1977, pp. 246-265, que niega la presencia del historiador en la ciudad, y más recientemente la revisión del tema llevada a cabo por MOLES, J.: «Herodotus and Athens», en *Brill's Companion to Herodotus*, pp. 33-52, donde se recoge en n. 1 toda la bibliografía anterior pertinente al tema.

11. Resulta altamente significativo el que dentro del *Brill's Companion to Herodotus* no se haya considerado necesario incluir un artículo sobre la visión de Esparta que presenta Heródoto y sí aparezca en cambio el correspondiente trabajo sobre su relación con Atenas. Sobre el tema puede verse LEVY, E.: «La Sparte d'Hérodote», *Ktema*, 24, 1999, pp. 123-134.

constituye un fácil asidero sobre sus actitudes en este terreno a tenor de algunas consideraciones que han matizado ampliamente la cuestión<sup>12</sup>. Sin embargo sus juicios indiscutiblemente negativos al respecto parecen algo inmediatamente constatable después de una atenta lectura de su obra<sup>13</sup>. Ni siquiera la figura de Pisístrato, que parecería constituir una excepción en este terreno a la vista de los elogiosos comentarios de que es objeto durante la primera etapa de su gobierno, según los cuales «no modificó las magistraturas existentes ni alteró las leyes; rigió la ciudad de acuerdo con las formas constitucionales en un gobierno muy acertado» (I, 59, 6), resulta a la postre bien parada del lance<sup>14</sup>. Estos juicios favorables acerca de su actuación quedan efectivamente matizados con la afirmación posterior que explica su expulsión del poder a manos de los partidarios de Megacles y Licurgo: «perdió la tiranía por no tenerla firmemente arraigada» (I, 60,1). Es decir, da la impresión de que en esta primera etapa no podría hablarse con precisión de una tiranía en el sentido estricto del término, a diferencia de lo que sucedió posteriormente, cuando ya se hizo de forma definitiva con el poder, tal y como aparece calificada en el informe que había llegado a oídos de Creso (*tyranneuontos Athenaiou*), y por tanto su actuación en este sentido no contradice lo más mínimo la valoración final y definitiva que le merece a Heródoto este régimen.

No se olvide, en efecto, la valoración que hace Heródoto de la excesiva credulidad ateniense al dejarse engañar por la trama tan burda urdida por Pisístrato para recuperar el poder, algo que contrasta con su pretensión de distinguirse de los bárbaros y de los demás griegos por su mayor astucia y su falta de ingenuidad (I, 60, 3), aceptándolo de nuevo a la cabeza del Estado al presentarse aparentemente avalado nada menos que por la propia diosa Atenea, que no era otra que una mujer agraciada a la que habían ataviado con la indumentaria propia de diosa. Resulta igualmente significativo el modo en el que Pisístrato volvió a recuperar de nuevo el poder tras haberse visto obligado a retirarse prudentemente ante la amenaza de un complot en su contra urdido por Megacles. Heródoto nos informa que estuvo apoyado con fondos procedentes sobre todo de Tebas, con mercenarios argivos y las actuaciones de un futuro tirano de Naxos, lo cual no deja de ser significativo, teniendo en cuenta la particular valoración denigratoria a la que tanto tebanos como argivos se harán luego acreedores por su actuación en el conflicto

12. Sobre la actitud de Heródoto al respecto puede citarse el estudio de WATERS, K. H.: *Herodotos on Tyrants and Despots: A Study of Objectivity*. Wiesbaden, 1971. Una visión diferente que aboga más a favor de la figura del rey filósofo incorporada en los retratos del historiador sobre los diferentes regímenes «monárquicos», FLORY: *op. cit.*, pp. 119 y ss. Más recientemente DEWALD, C.: «Form and Content: The Question of Tyranny in Herodotus», en MORGAN, K. (ed.): *Popular Tyranny: Sovereignty and Its Discontents in Classical Athens*. Austin, 2002.

13. La postura de Heródoto netamente contraria a la tiranía ya fue formulada por VON FRITZ, K.: «Die griechische Eleutheria bei Herodot», *WS*, 78, 1985, pp. 5 y ss.

14. Sobre este aspecto, GRAY, V.: «Reading the Rise of Peisistratus: Herodotus, I, 56-68», *Histos*, 1, 1997: <http://www.dur.ac.uk/Classics/histos/1997/gray.html>.

persa a los ojos del historiador jonio. A éstos se sumaron también partidarios procedentes del interior de Atenas «a quienes la tiranía agradaba más que la libertad» (I, 62, 1). De esta forma y con el uso de hábiles estratagemas, Pisístrato consiguió «arraigar la tiranía», lo que significa evidentemente que hasta entonces no lo estaba, apoderándose por tercera vez del poder en Atenas. A la colaboración de numerosos mercenarios y a la afluencia de fondos, que procedían tanto del interior como del exterior, Heródoto añade la toma como rehenes de los hijos de quienes se habían resistido a su avance sobre la ciudad. Unos fundamentos que no parecen encajar como los más adecuados a la hora de legitimar un régimen político, una conclusión que podría avalar la afirmación que cierra todo el capítulo relativo a Pisístrato, donde parece oponerse significativa y sintácticamente la ciudad, sometida a la tiranía, con los ciudadanos que habían caído víctimas de la batalla o habían escapado junto con los Alcmeónidas (I, 64, 3)<sup>15</sup>. Una compañía ciertamente bien significativa si tenemos en cuenta que estos Alcmeónidas, no se olvide, son calificados más adelante en función de su posicionamiento claramente hostil hacia la tiranía, un motivo que es repetido casi literalmente un poco más adelante<sup>16</sup> y de que habían sido precisamente ellos los principales acusados de la muerte de Cilón, un individuo que «se había encaprichado de la tiranía» (V, 70).

Una vez más Heródoto no se posiciona de manera clara y contundente y deja la puerta abierta a otras posibilidades, pero la lectura atenta del pasaje, su estructura narrativa y el uso de algún recurso estilístico determinado apuntan claramente en una dirección bien distinta en la que su juicio ocasional favorable antes mencionado queda aislado en medio de un contexto claramente contrario a dicha postura. Esta desafección de la tiranía reaparece nuevamente con motivo de la visita de Aristágoras a Atenas para solicitar el apoyo de la ciudad a la planeada rebelión jonia contra los persas. Heródoto relata la forma en que los atenienses se vieron libres de sus tiranos reiterando nada menos que en cuatro ocasiones en un espacio relativamente corto el enunciado del tema, al inicio de la digresión acerca de los gefireos (V, 55), al concluir ésta y reiniciar nuevamente el relato (V, 62), al finalizar el mismo (V, 65, 5) y al inicio de su narración sobre las reformas de Clístenes (V, 66). Una impresión que confirma la aparición también reiterada, esta vez en tres ocasiones, a lo largo de todo el pasaje de la expresión «liberar» referida a Atenas como ciudad en dos ocasiones (V, 62, 2 y 63, 1) y una a los ciudadanos (V, 64, 2). Todo ello sin olvidar además la casual adscripción de los gefireos, el clan al que pertenecían los asesinos de Hiparco, el hijo de Pisístrato, que a partir de sus propias

15. Esa impresión es al menos la que ofrece la contraposición en el texto griego de *Atheneon*, precedido del verbo *etyranneue* y *Athenaion* acompañado de la habitual partícula *de* para marcar el contraste.

16. I, 121 en donde se los equipara en este terreno con los sentimientos que albergaba Calias, considerado un ferviente defensor de la libertad de su patria, y reiterado más adelante en I, 123 dentro de su discurso de carácter apologético en el que rechaza su posible connivencia con los persas en el momento de ataque contra Atenas.



averiguaciones concluye que se trataba originariamente de fenicios que integraban el contingente de Cadmo que llegó hasta Beocia de donde fueron desalojados oportunamente primero por argivos y luego por beocios, casualmente los dos contingentes que apoyaron con sus efectivos, en un caso militar y en el otro financiero, el acceso a la tiranía de Pisístrato, instalándose finalmente en Atenas donde fueron acogidos como conciudadanos bajo ciertas condiciones (V, 57).

Heródoto vincula además la consolidación de Atenas como potencia militar dentro del concierto helénico a su liberación de la tiranía (V, 66, 1), un hecho que refrenda más adelante, recordando que cuando los atenienses se hallaban regidos por un tirano no aventajaban militarmente a ninguno de sus vecinos, y lo justifica mediante su adecuada explicación política de carácter más universal, según la cual la *isegoría* o libertad de expresión que implica la igualdad de derechos políticos aparece estrechamente vinculada con la capacidad militar al combatir los ciudadanos por sus propios intereses en lugar de considerar que sus esfuerzos en este terreno redundarían en beneficio de otro (V, 78). Ésta era además la percepción que sostenían los espartanos, quienes temerosos de que Atenas al hallarse en libertad alcanzara una potencia similar a la suya optaron decididamente por tratar de reimplantar la tiranía en la ciudad apoyando las pretensiones de Hippias (V, 91). Sin embargo, el proyecto quedó en suspenso tras la decisiva intervención del corintio Socles ante la asamblea de los aliados espartanos con su encendido discurso en contra de la tiranía, a la que califica como «la cosa más injusta y sanguinaria que existe entre el género humano» (V, 92). Socles argumenta en contra de este régimen político contraponiéndolo precisamente al sistema espartano, el único que desconocía dicha experiencia y que contaba con todas las garantías para que dicha emergencia no se produjera, y refiriendo lo sucedido con la tiranía en Corinto bajo los gobiernos de Cipselo y Periandro. El tenebroso relato de Socles sobre los extremos a los que llega la tiranía conecta inevitablemente con el pasaje anterior del libro III en el que se describe la tormentosa relación de Periandro con su hijo Licofrón, que no le perdonaba el asesinato de su madre, y donde figura la expresión puesta en boca de su hija que califica a la tiranía como una cosa peligrosa hacia la que muchos sienten pasión (III, 53, 4).

La actitud claramente contraria de Heródoto hacia la tiranía se pone de manifiesto en otros muchos pasajes de su historia, como en su célebre relato de Polícrates de Samos, a pesar de que las prioridades narrativas en este caso se decantan claramente del lado de su funcionalidad ejemplificadora, dadas las posibilidades que ofrece la trayectoria vital del personaje, a quien el éxito constante a lo largo de sus empresas condena irremisiblemente a la perdición final. Sin embargo, ni siquiera en esta ocasión, cuando el interés del autor se focaliza en otras cuestiones, se dejan a un lado algunas de las características claramente negativas que definen dicho tipo de régimen. Así al inicio del pasaje se nos recuerda que la expedición espartana se realizó en realidad contra Polícrates más que contra la propia isla de Samos como tal, de la que el tirano se había apoderado tras una sublevación (*epanastás*) (III, 39), una precisión que vuelve a repetirse al retomar de nuevo el hilo

del relato tras la digresión acerca del personaje (III, 44). Se refiere igualmente la muerte de uno de sus dos hermanos y el destierro del otro, con los que en un principio había decidido compartir el poder a partes iguales, se da cuenta de que llevaba a cabo incursiones indiscriminadas contra todo el mundo y de que utilizó como mano de obra esclava a los lesbios capturados en una batalla naval para construir el foso que rodeaba la muralla de Samos. Un Polícrates que parece finalmente víctima de la trama urdida en su contra por el gobernador persa de Sardes a la que él se había prestado voluntariamente movido por su pasión por el dinero (*himeireto chrematon megalos*) y por el expreso desdén manifestado ante los consejos de sus amigos y la visión profética de su propia hija que le aconsejaban sabiamente proceder en sentido contrario (III, 123-125).

Esta valoración escasamente positiva de la figura de Polícrates se ve confirmada más adelante por el proceder de su sucesor en el poder en Samos, un tal Meandrio, que estaba firmemente decidido a traspasar todo el poder a manos del pueblo, movido por su deseo de convertirse en el hombre más justo del mundo, una condición que da la impresión de que en opinión de Heródoto, dado el eco que encuentra en otros pasajes ya comentados, no encajaba precisamente bien con el ejercicio de la tiranía (III, 142)<sup>17</sup>. Su censura del gobierno de su antecesor por haber ejercido el poder de manera absoluta sobre hombres que eran sus iguales la extiende a todos los que actúan de la misma manera. Sin embargo, los samios no estaban por la labor y en lugar de aceptar las ventajosas condiciones que les ofrecía Meandrio de recuperar la libertad optaron en cambio por exigirle la rendición de cuentas de su gobierno por boca de uno de los ciudadanos de mayor prestigio, obligándole con dicha actitud a mantener el poder bajo el temor de que cualquier otro se alzara con la hegemonía en su lugar. El juicio de Heródoto al respecto parece efectivamente contundente cuando declara al final del pasaje que «según parece, no querían ser verdaderamente libres». De hecho, la ciudad fue conquistada con relativa facilidad por Darío ya que, según apunta a renglón seguido el propio Heródoto, nadie alzó las manos contra los persas cuando se personaron en la isla para propiciar el regreso de otro tirano, Silosonte, el hermano desterrado de Polícrates, e incluso los partidarios de Meandrio demostraron su disposición a salir de la isla bajo una tregua (III, 144). Una valoración que quizá cabe poner en relación con la situación de Atenas, tal y como la evalúa Heródoto, que tras la conquista de su libertad había adquirido una mayor capacidad de lucha y resistencia.

La contraposición entre tiranía y democracia se pone igualmente de manifiesto en el debate acerca de la propuesta de los escitas de destruir el puente construido por Darío sobre el Danubio que sostienen Milcíades de Atenas, entonces tirano del

17. Esta misma relación inversa entre la justicia y la tiranía se encuentra también reflejada en el episodio de Cadmo de Cos, quien a pesar de haber heredado de su padre una tiranía bien enraizada y sin que ningún peligro le amenazara, puso el poder en manos del pueblo de Cos movido tan sólo a ello por su apego a la justicia (VII, 164).

Quersoneso, e Histieo de Mileto. Este último, interiorizando claramente dicho sentimiento, declara la indiscutible conveniencia para todos los tiranos de la zona de que Darío conserve su hegemonía, dado que si su poderío resultara aniquilado, «cada ciudad preferiría adoptar un régimen democrático antes que vivir bajo una tiranía». Una opinión que contó de inmediato con el asentimiento general de los asistentes que habían prestado inicialmente su apoyo a la propuesta contraria (IV, 137). Una situación que queda confirmada de hecho en el curso del relato posterior, cuando Aristágoras, el principal promotor de la rebelión jonia contra los persas, para congraciarse el apoyo total de los milesios en su empresa estableció la *isonomía* en la ciudad y adoptó el mismo procedimiento en el resto de las ciudades jónicas, entregando además a disposición de las mismas a los diferentes tiranos que habían ejercido el poder sobre ellas (V, 37). La reacción de las ciudades, que desterraron a dichos individuos, con excepción de los mitileneos, que lapidaron a su tirano, pone de manifiesto cuáles eran los sentimientos mayoritarios en este sentido, al menos tal y como los presenta Heródoto (V, 38). Una situación que se repite nuevamente con motivo del intento de los quiotas por repatriar a Histieo a la ciudad de Mileto, donde no existía ningún deseo de volver a admitir un nuevo tirano dado que «estaban encantados por haberse desembarazado ya de Aristágoras» y por el hecho de que habían «saboreado la libertad» (VI, 5).

La evidencia, que parece así incontestable, nos conduciría a pensar que la tiranía dentro del mapa político griego quedaría relegada así a los márgenes, tanto desde el punto de vista espacial, mantenida todavía en la práctica en las regiones periféricas como Sicilia y Asia Menor, como temporal, tras constatar su existencia en un momento dado de la historia de algunos Estados griegos continentales como Corinto o la mismísima Atenas. El centro del mapa político griego trazado por Heródoto a lo largo de sus historias correspondería a los Estados más fuertes, además de la victoria contra los persas, que bien como Esparta habían conseguido imponer el predominio de la ley sobre los individuos mediante el ejercicio de la *eunomía*, alcanzando así un predominio militar indiscutible sobre sus más conflictivos vecinos, o como en el de Atenas habían incorporado a su práctica política los principios irrenunciables de la *isegoría* y la *isonomía*, que habían impulsado hasta su cima la potencia y pujanza de la ciudad.

No existe, sin embargo, a lo largo de todo el relato ninguna comparación explícita de las bondades y defectos de los diferentes sistemas políticos, que nos permita suponer que es del todo asumida por el propio Heródoto con toda la autoridad de su condición de autor y confirmar así estas impresiones, más o menos sólidamente argumentadas. El único debate político que aparece a lo largo de toda su historia es el que tiene lugar en un escenario persa, cuando tras la conspiración contra el falso Esmerdis tres de los conjurados exponen sus opiniones acerca del sistema político más conveniente para adoptar en un futuro, con argumentos sobre la democracia, la oligarquía y la tiranía, y por tanto constituye nuestra única posible guía dentro de este terreno. Los comentarios y la bibliografía que ha suscitado el famoso debate entre los estudiosos modernos es ciertamente considerable y no

son éstos ni el momento ni la ocasión adecuados para retomar de nuevo el asunto con algún detenimiento<sup>18</sup>. Sin embargo, nos interesa volver a insistir en el hecho, ya destacado por algunos estudiosos, de que posiblemente se hagan patentes a través de dicho debate algunos de los principios generales a modo de teoría, más o menos compartida por Heródoto, que luego aparecerán aplicados con mayor o menor coherencia y rotundidad a modo de ejemplos a lo largo de todo el relato.

Encontramos así dentro del mismo algunos ecos evidentes de esa oposición frontal a la tiranía que hemos venido ilustrando hasta ahora en el curso de los últimos párrafos. De hecho la tiranía como tal aparece claramente denostada en las dos primeras intervenciones, la de Otanes en defensa de la democracia, y la de Megabizo, que aboga a favor de la oligarquía, siendo éste además el único punto que ambos mantienen en común. Mientras que tanto en un alegato como en el otro se utilizan los términos «tirano» y «tiranía», ambos son cuidadosamente evitados en la intervención de Darío favorable a la monarquía, que denomina siempre de esta forma al régimen propuesto, a pesar de la evidencia que demuestra que en el curso de las Historias se emplean con una cierta fluidez los tres términos relativos a la tenencia de un poder personal y absoluto, como son tirano, rey y monarca, incluida aquí la propia intervención de Otanes que utiliza tirano y monarca<sup>19</sup>. Da la impresión incluso de que en el interior del debate podría darse una cierta dialéctica que va desde el monarca, tal y como lo concibe Otanes, al modelo defendido por Darío, pasando por el estadio intermedio de la tiranía, que comparte la segunda parte del discurso de Otanes y la primera del de Megabizo, situado estratégicamente y quizá significativamente entre ambos a lo largo de todo el debate.

18. El debate se encuentra en el libro III, 80-82. Un análisis del mismo en APFFEL, H.: *Die Verfassungsdebatte bei Herodot* (3. 80-82). Erlangen, 1957, pp. 48-58, quien concluye que los discursos pronunciados no reflejan influencia de los sofistas sino que, con excepción del de Otanes, se remontan a originales persas y a una variedad de fuentes tanto de la propia Jonia como de la Grecia continental, y más recientemente EVANS, J. A. S.: «Notes on the Debates of the Persian Grandees in Herodotus», *QUCC*, 36, 1981, pp. 69-84. Sobre la inmensa bibliografía desatada en torno al tema, puede verse el estado de la cuestión que presenta DREXLER, H.: *Herodot-Studien*. Hildesheim, 1972, pp. 143 y ss. Dejamos aquí de lado la cuestión acerca de su posible historicidad, que ha concentrado buen parte de la atención, así como su lugar dentro del naciente debate político griego, fijando nuestra atención prioritaria sobre su función dentro de la obra y el modo en que sus ideas pueden quedar reflejadas o ejemplificadas a lo largo de toda la narración. Todavía en la actualidad subsisten muchas de las incertidumbres generadas ya que no existe unanimidad acerca de la postura de Heródoto al respecto. KAGAN, D.: *The Great Dialogue: The History of Greek Political Thought from Homer to Polybius*. Nueva York, 1965 defiende la idea de que Heródoto simpatiza abiertamente con las tesis expuestas por Otanes a favor de la democracia. En cambio FLORY: *op. cit.*, pp. 131 y ss., se decanta a favor de una actitud favorable hacia los argumentos de Darío.

19. Es cierto que a pesar de que existe una aparente intercambiabilidad en el uso de los tres términos en Heródoto (*tyrannos*, *basileus* y *mounarchos* con sus respectivas variantes), como ya señalé en su día FERRILL, A.: «Herodotus on Tyranny», *Historia*, 27, 1978, pp. 385-398, dicho autor concluía al mismo tiempo a partir de su estudio léxico la actitud indiscutiblemente hostil hacia la tiranía demostrada por Heródoto de forma consistente a lo largo de toda su historia.

La importancia del discurso de Otanes a la hora de caracterizar la actuación del tirano y su decidida apología de los valores del sistema democrático han conducido a algunos estudiosos a suponer que en él se incorporaban claramente los propios puntos de vista del historiador jonio al respecto<sup>20</sup>. Con intenciones bien distintas se ha utilizado el perfil del tirano trazado en dicho discurso para evaluar hasta qué punto los retratos de los tiranos y monarcas bárbaros presentes en las historias se adecuan con mayor o menor precisión al esquema<sup>21</sup>. Ciertamente la disposición de los tres discursos no parece del todo casual si tenemos en cuenta el hecho de que la intervención de Otanes concentra todo el descrédito sobre la tiranía y cierra el debate Darío con su defensa de la monarquía, quedando justo en medio la opinión de Megabizo, que señalando su acuerdo esencial con Otanes en lo que respecta a la tiranía centra todo su ataque sobre el sistema democrático como un estadio inferior de aquel en el que la insolencia del tirano es sustituida por la de la multitud desenfrenada. Da la impresión, a la vista de esta disposición, de que el auténtico debate se establece entre la propuesta democrática de Otanes y el poder autocrático preconizado por Darío, como los dos polos sobre los que pivotaba efectivamente toda la geografía política griega de aquellos momentos. Frente a la exposición más bien neutra a favor de la oligarquía que lleva a cabo Megabizo, cuyo argumento positivo más destacado es la posibilidad de que los conjurados figuren así dentro de la elite gobernante, se contraponen las virtudes del sistema democrático defendidas por Otanes y el pragmatismo más descarado que se desprende de la intervención de Darío, que parece propugnar la monarquía basándose en dos razones tan utilitaristas como el hecho de que dicho sistema constituye el resultado final inevitable de la degeneración de los otros dos regímenes y que la experiencia inmediata ha demostrado su eficacia a la hora de conseguir la libertad para los persas.

A la postre es esta confrontación entre los dos sistemas la que parece estar dilucidándose en el momento decisivo del enfrentamiento entre griegos y persas. Por un lado un mundo diversificado en ciudades a cuya cabeza figuran desde siempre los dos grandes Estados, Atenas y Esparta. Una situación que tras sus averiguaciones acerca de quiénes eran los más poderosos para ganarse su amistad (I, 56) ya tuvo ocasión de comprobar el propio Cresos, que fue, no se olvide, el primero que sometió a algunos griegos dando por terminado el estado de libertad en el que hasta entonces vivían (I, 6). Por otro un imperio persa que todo el largo proceso expuesto en los cinco primeros libros de las Historias significa la culminación histórica de una secuencia ininterrumpida de conquistas y usurpaciones en la que

20. Así lo defendió en su día Apffel en su estudio antes mencionado y lo secundó posteriormente BERVE, H.: *Die Tyrannis bei den Griechen*, 2 vols. Munich, 1967, p. 167 que supuso que el debate completo fue compuesto en alusión específica a la Atenas de Pericles.

21. Así lo ha hecho GAMMIE, J. G.: «Herodotus on Kings and Tyrants: Objective Historiography or Conventional Portraiture?», *JNES*, 45, 3, 1986, pp. 171-195.

la figura omnipresente del monarca constituye el principal hilo conductor de los hechos. Una contraposición entre un mundo griego en el que primaba por encima de todo el imperio de la ley, tal y como le describe Demarato a Jerjes en su célebre discurso previo a las grandes batallas (VII, 102-104) como baluarte ideal contra la aparición del despotismo y como se puso repetidamente a prueba a lo largo de la historia con la decidida colaboración de Esparta para derribar a la tiranía en Atenas y su oportuna retirada a la hora de proceder a su restauración tras el persuasivo discurso del corintio Socles, y un mundo persa en el que la prudencia y el sentido superior de la justicia se hallan constantemente sometidos a toda clase de arbitrariedades derivadas en definitiva de la inapelable voluntad del monarca.

Una voluntad de poder que sólo encuentra leves matizaciones en los dictados de los oráculos, no siempre bien entendidos, y en los prudentes consejos del sabio de turno, encargados casi siempre de recordar al monarca el alto grado de desmesura y futilidad que conllevan casi todas las acciones y decisiones humanas<sup>22</sup>. No es casual que uno de los sabios que entró en contacto con Creso en el momento en que el monarca lidio se hallaba en el cenit de su poder (I, 29-33) sea precisamente Solón, un legislador que había instaurado en Atenas ante la petición de sus habitantes en este sentido una serie de leyes que no tenían capacidad para derogar por haberse comprometido a observarlas durante un período de diez años, poniendo de manifiesto el carácter verdaderamente endeble de su poderío al compararlo desfavorablemente con la vida sencilla y completa del modesto Telo de Atenas. Un Creso, además, cuya conducta arbitraria en sus ataques contra las ciudades griegas, ya que «atribuía cargos más graves a aquellos contra quienes podía inventarlos de mayor gravedad y pretextaba motivos más fútiles contra los demás», ha quedado ya resaltada un poco antes (I, 26, 3) y cuyas desmesuradas ansias de expansión ultramarina sólo quedan desactivadas tras la oportuna intervención en la misma dirección, la del sabio consejo, de Biante de Priene o de Pítaco de Mitilene, que le hizo reflexionar sobre lo disparatado de sus intenciones (I, 27). Fue también, curiosamente, un acto de inoportuna desatención a los sabios consejos de Quilón, significativamente un espartano que también figuró entre los siete sabios de Grecia, que instó a Hipócrates, el padre de Pisístrato a no tener hijos o a renunciar a ellos si ya los tenía, el origen de la tiranía en Atenas (I, 59).

Esta dicotomía esencial entre un ámbito en el que predominan los principios políticos de la *isegoría* y la *isonomía* como factores correctores fundamentales de las idiosincrasias colectivas o particulares y otro en el que la autocracia resulta solamente atemperada por el sentido excepcional de la justicia o por la asistencia de los buenos consejeros parece dejar inevitablemente al margen el resto de los Estados griegos, cuyas fugaces apariciones en escena sirven en muchas ocasiones tan sólo para ilustrar algunas de las líneas generales de este esquema intencionadamente

22. Sobre la figura del sabio consejero son célebres los trabajos de BISCHOF, H.: *Der Warner bei Herodot.* Leipzig, 1932 y LATTIMORE, R.: «The Wise Adviser in Herodotus», *CP*, 34, 1939, pp. 24-35.

dual. Así un colectivo como los eginetas parecen emular el comportamiento de un tirano con actuaciones arbitrarias como su ataque contra Atenas sin previa declaración de guerra en unos momentos en los que se encontraban en plena prosperidad (V, 81) a imagen de algunas de las actuaciones de Cresos o su separación de los epidaurios en una acción llena de insensatez (*agnomosyne*) (V, 83); las referencias a los argivos ofrecen un mismo resultado si tenemos en cuenta que incluyen entre ellas la referencia puntual a su tirano Fidón, a quien Heródoto califica como «la persona más arrogante de toda Grecia» que fue capaz de cesar a los eleos que presidían los juegos olímpicos y organizar él personalmente la competición (VI, 127, 3) y su triste papel durante la guerra con los persas durante la que fueron acusados de colaboracionismo en una versión de la historia que el propio Heródoto señala se hallaba bastante difundida y que parece contrastar con la mucho más suave que presentaban los propios interesados (VII, 148-150); los quiotas, que se regían por una democracia, tampoco encuentran mejores ecos dado que se destacan hechos como su entrega de Pactias a los persas tras haber sido arrancado por la fuerza del santuario de Atenea Poliucos a cambio del territorio de Atarneo (I, 160); otros como los corcireos y los cretenses tampoco demostraron mejores credenciales cuando se zafaron con habilidad de contribuir a la causa griega contra el persa en un intento de sacar el máximo partido a su posición de neutralidad (VII, 168-169); finalmente los jonios demostraron su imprudencia y falta de sabiduría al desear repetidamente los oportunos consejos de Hecateo, por dos veces, y de Biantes y de Tales (I, 170).

Resulta igualmente significativa a este respecto la masiva utilización del término colectivo «griegos», que aparece con mucha más frecuencia en los últimos libros de la historia que narran el conflicto, para referirse prácticamente en exclusiva al bando que se opuso activamente a los persas, encabezado por Atenas y Esparta<sup>23</sup>. En opinión de Heródoto, propiamente griegos eran dentro de este contexto quienes se erigieron como defensores de la libertad contra la agresión persa y participaron de manera heroica en la defensa de la Hélade tal y como refleja a lo largo de sus páginas en los libros finales de su obra. Ésa era la peculiaridad política de un mundo diverso y enfrentado entre sí en el que sus dos máximos representantes habían emergido a la hegemonía a través de caminos bien diferentes para acabar concluyendo hacia el mismo objetivo en aquellos gloriosos y decisivos momentos. Seguramente las cosas ya no eran así en los momentos en que el propio Heródoto componía su historia, cuando ya se habían desatado fatalmente las hostilidades mutuas que acabarían confluyendo en la guerra del Peloponeso. Sólo los pueblos bárbaros, aun con todas las numerosas matizaciones que Heródoto introdujo dentro de este ámbito que en muchos momentos echaban por tierra las

23. Nos hemos ocupado de la cuestión en otro lugar, «Nada es lo que parece: Heródoto y la identidad griega», en PLÁCIDO, D. y VALDÉS, M. (eds.): *La construcción ideológica de la ciudadanía: identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*. Madrid, 2005 (en prensa).

distinciones tan radicales establecidas por la tragedia<sup>24</sup>, eran gobernados por reyes, con todos los riesgos que dicho sistema comportaba, bien señalados y diseñados en el discurso de Otanes, y donde cabía encontrar personajes de la talla de Ciro y Darío, pero también de Cambises o Jerjes. Incluso en Egipto, que aparece claramente privilegiado desde todos los puntos de vista en el relato de Heródoto y se reconoce incluso la existencia de la tan preciada *eunomía* (II, 124), se llega a admitir la presencia de malos gobernantes durante los terribles reinados de Queops y Quefrén en los que el país quedó sumido en la miseria. Precisamente el renacimiento del reino sobrevino con Micerino y su perfecto sentido de la justicia que le condujo a dictar las sentencias más justas (II, 129). Algo similar sucedió con Amasis, autor de una magnífica ley que fue adoptada incluso por Solón (II, 177). Sin embargo, como apunta el mismo Heródoto, los egipcios fueron incapaces de vivir sin rey (II, 147, 2).

Seguramente las claves de lectura no se agotan aquí y las intenciones, los guiños, las complicidades, en definitiva todo aquello que formaba parte de ese saber compartido entre Heródoto y su público, un ámbito del que nos sentimos excluidos y del que en modo alguno formamos parte, van todavía mucho más allá de nuestras modestas intuiciones. Es probable que como han señalado algunos, Heródoto incluyera en su obra algunas indicaciones de advertencia ante un proceso imparable y de consecuencias imprevisibles como era el imperio ateniense y muchas de sus afirmaciones referidas al pasado deban ser interpretadas en claves del presente en el que estaba redactando su obra<sup>25</sup>. Es igualmente posible que muchas observaciones respondan únicamente a las necesidades retóricas o dramáticas de un relato de estas características y que sólo tangencialmente encuentren correspondencia con algunos de los motivos principales que alientan el tejido de toda la trama. La gama de posibilidades es ciertamente amplia y nuestras opciones de acertar con la interpretación adecuada no son nunca elevadas. Sin embargo, los intentos realizados hasta ahora por entender mejor una obra compleja repleta de significaciones de todo tipo parecen haber abierto el camino adecuado y aun con los titubeos e inseguridades que nos asaltan a cada paso hemos de perseverar en esta misma dirección.

Heródoto percibía probablemente el mapa político griego intencionalmente polarizado a la vista de la peligrosa situación que le tocó vivir con un cada vez menos latente enfrentamiento entre las dos principales potencias griegas. Su aversión hacia la tiranía como el polo negativo de las opciones que se delinean en el famoso «debate constitucional» no tenía posiblemente como único fundamento su amarga experiencia personal en Halicarnaso sino que se asentaba en convicciones

24. Al respecto véase la célebre monografía de HALL, E.: *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy*. Oxford, 1989.

25. En este sentido MOLES, J.: «Herodotus Warns the Athenians», *Papers of the Leeds International Latin Seminar*, 9, 1996, pp. 259-284.



más profundas extraídas a lo largo de toda su indagación y cuyos resultados finales han quedado plasmados en su historia. La detallada disección de Otanes, de la que encontramos suficientes ejemplos a lo largo y ancho de todo su relato, no es contrarrestada adecuadamente por Darío que se limita, como ya dijimos, a constatar el simple resultado de su experiencia sin apenas abogar en la caracterización positiva de dicho régimen, cosa que sí lleva a cabo Otanes. El conflicto con los persas había puesto además de manifiesto estas virtualidades y había revelado al mismo tiempo los peligros derivados del personalismo excesivo que siempre desembocaban en la catástrofe. Sólo el equilibrio de fuerzas, y en el mejor de los casos la colaboración de unos con otros, de dos sistemas diferenciados pero que compartían algunas de las cualidades diseñadas por Otanes podía garantizar la supervivencia de la Hélade cimentada sobre una base firme que no dependiera de las numerosas incidencias y arbitrariedades que acechaban constantemente la conducta individual. Su amplia galería de personajes, tanto griegos como bárbaros, constituía una excelente ilustración en este sentido.